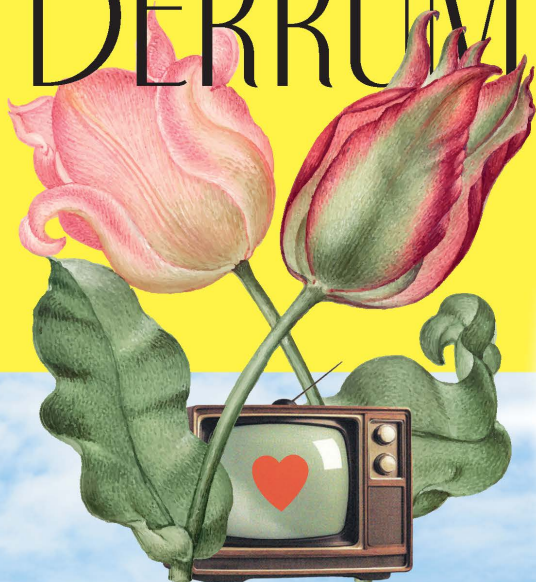


Javier Manríquez Piérola

@GUOROROROROI

EL MUNDO SE DERRUMBA,



NOSOTROS NOS ENAMORAMOS

APUNTES SOBRE AMOR, HUMOR, DOLOR, Y CULTURA POP

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© 2025, Javier Manríquez Piérola
Derechos exclusivos de edición:
© 2025, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso,
Providencia, Santiago de Chile

1ª edición: marzo de 2025

Diseño de portada: Catalina Chung Astudillo

RPI: 2025-A-76
ISBN: 978-956-408-701-6

Impreso en: CyC Impresores Ltda.

JAVIER MANRÍQUEZ PIÉROLA

EL MUNDO
SE DERRUMBA,
NOSOTROS NOS
ENAMORAMOS



Mirábamos al Pacífico y yo citaba a Deleuze: “El mar es como el cine, una imagen en movimiento”. Tú me decías: “No te hagas el intelectual, machito. La única imagen en movimiento es el amor”.

PAUL B. PRECIADO, sobre Pedro Lemebel

*El mundo se derrumba y
nosotros nos enamoramos.*

Ingrid Bergman a Humphrey Bogart
en *Casablanca* (1942)

Karla Rubilar y Christian Pino en una historia de
Instagram durante la pandemia (2019)

EL AMOR

Esta es una brevísima historia personal. Un acercamiento imposible a un tema gigantesco que es, quizás, el más importante de nuestra especie.

En definitiva, un humilde rasguño en la arena justo antes de que vuelva el mar.

El amor.

Una carta de amor.

Soy guionista o me gusta decirlo, porque trabajo de muchas cosas, pero esa es mi favorita. He escrito un par de películas (algunas estrenadas, otras no), programas que nunca se hicieron, otros que se hicieron y yo participé poco. He sido corpóreo, cajero, asesor político y brevísimo vendedor de confites. También hago memes en redes sociales. Podría decirse que a veces soy comediante.

Estudié Dirección Audiovisual porque las películas me cambiaron la vida. En realidad, estudié Dirección Audiovisual porque quería amar.

Pienso en el amor desde que tengo un uso más o menos razonable de la memoria. Pienso en el amor como una idea, creo, desde que se me ocurrió leer un cuento antes de dormir a eso de los ocho años —*El ruiseñor y la rosa*— y en vez de dormir desperté sentimientos que perduran hasta hoy.

Con el tiempo decidí que sería un romántico.

Quizás el último.

Tiene que haber sido como en cuarto o sexto básico, cuando el mundo parece un lugar tan fascinante y te lanzas como buscando algo que estaba perdido, algo que estabas esperando, y cuando lo encuentras, dices: obvio, esto soy. Esta canción, este personaje, esta forma de vestirse, este estilo me hace sentido, ahora es mío y gracias a esto ahora soy un poco más yo. Un poco más grande, un poco más fuerte y un poco más profundo.

Había en mi curso alguien que sabía de dinosaurios, otro que hablaba de piratas, unas amigas fanáticas de las esquelas, y un pequeño grupo de mateas y mateos secos para las matemáticas. Yo descubrí a Paulo Coelho hurgueteando entre los libros de mis papás y me empecé a sentir un viejo chico de doce años, disfrutando de la melancolía y la soledad. Preguntaba en las Ferias del Libro si tenían libros de Ana María Güiraldes, de Luis Sepúlveda o de J.R.R. Tolkien. Escuchaba CDs

piratas con éxitos de la balada italiana de los años 70, *cassettes* de Los Jaivas, Zalo Reyes y Ricardo Arjona, que mi mamá ponía cuando íbamos de vacaciones al norte y que me hacían creer que, uno, el amor existía; y dos, que el Ricardo Arjona del disco «Historias» era un gran *storyteller*, cosa que aún mantengo con ciertos reparos.

Así entré al cine un verano del año 2004 a ver *Perdidos en Tokio* siendo un niño, y salí de la sala convertido en un adolescente: sintiendo más fuerte que nunca, escuchando aún en mi cabeza los tambores de The Jesus and Mary Chains, retumbando sobre los créditos justo después que Bill Murray le dijera algo para siempre en secreto a Scarlett Johanson, pensando que el amor era eso: una complicidad desconocida para el resto del mundo. Esa sensación se quedó conmigo un buen tiempo, quizás perdura hasta hoy, mientras caminaba sin rumbo por el mall de La Serena con la mirada perdida y el corazón en bandolera. Con catorce veranos en el cuerpo e infinitas ganas de amar en el pecho.

«Everybody wants to be found» decía el cartel de la película. Yo también quería ser encontrado o al menos, visto.

Cuando tenía dieciséis años, participé en un taller de la Corporación Cultural Balmaceda Arte Joven,

en esa época llamada Balmaceda 1215. Con una cámara digital que me habían regalado con mucho esfuerzo mis papás en Navidad, hice un cortometraje autobiográfico llamado *Pero bueno, crónica sobre el amor adolescente*. En él, entrevistaba a mi sobrino, de entonces siete años; a un adolescente llamado Claudio que era algo así como el *winner* del colegio; y a Pancha, que era la chica más popular del mismo, e iba en cuarto medio.

Les preguntaba sobre el amor.

La película partía, como este libro, con una cita de la película *Casablanca*, en este caso, la famosa escena del «siempre nos quedará París» grabada desde YouTube. Luego, cortaba a gente bailando «El Teléfono» de Héctor El Father ft. Wisin y Yandel, para después presentarme a mí, quinceañero de voz suave y aguda cual trinar de un jilguero, usando vestón y una polera con la palabra *freaks* escrita en el pecho.

«Hola, soy Javier Manríquez. ¿Mi historia? Bastante normal diría yo. ¿Mi drama? Bueno, créanlo o no, nunca he besado a una mujer».



Es loco mirar ese video hoy, que tengo 35 años. Sobre todo siento ternura. Y pienso en lo inseguro y lleno de dudas que estaba, también en lo transparente que era, y bueno, en cierta medida, en lo demente que estaba como para grabar algo así y mostrarlo a más gente en ese momento. Un adolescente muy adolescente, supongo.

Las entrevistas fueron hechas en mi colegio, el Colegio Los Aromos de Puente Alto, que en esa época era particular subvencionado y cuyo nombre hacía referencia al menos a dos aromos, cuando en realidad en el patio había solo uno, y durante esa época lo cortaron para agrandar el quiosco. En el registro, la Pancha dice que para ella el amor es algo *brígido*. Que las veces que le ha dado ha sido superfuerte. Que su primer beso se lo dio a un chico popular que jugaba básquetbol, y que ella

le mintió diciendo que había pololeado antes. Se sintió estúpida. Cuando él la besó, ella no sabía qué hacer y empezó a pegarle.

Se retiró del taller y no volvió más, de pura vergüenza.

Claudio tiene trece y es un canchero total. Dice que no le gusta pololear, que prefiere agarrarse minas en los carretes. Que de todos modos «igual es fiel en pareja», pero que «prefiere no tener compromiso».

Su primer beso lo dio «como en kínder».

Y que para él el amor es mostrarle a una mujer lo que siente. Ser fiel y demostrarle el amor siendo cariñoso.

Igual es un romántico, dice.

Por último, mi babysobrino cuenta desde el jardín que solo ha pololeado una vez. Que ella le mandaba cartas por intermedio de su mamá. Que cuando la conoció, iba en el furgón. Y él le decía «hola, cómo estás». Y después empezaron a pololear.

Más tarde, durante mi primer año en la universidad¹, colmado de ansiedades y más ganas que nunca de amar, grabé un corto casero con esa misma cámara.

En el video, de unos ocho minutos y que debe estar en alguna parte de Facebook, actuaban un

1. A la cual entré, como muchos de mis amigos, mediante una deuda que, a pesar de que llevo diez años pagando, sigue exactamente igual.

compañero que quería ser periodista (lo logró), y una amiga que alguna vez me había gustado (y que quería ser ingeniera: también lo logró). Se trataba de un cabro que se enamoraba de una cabra que, en un giro sorpresivo, no existía: él se la había imaginado.

El corto estaba ambientado en mi barrio, y terminaba con un cartón negro y unas letras blancas que dedicaban el *opus* a una compañera: *Para ti, ingrata bonita*.

Fue estrenado y exhibido por última vez en un televisor de esos de poto gigante, enquistado en una sala subterránea de la biblioteca de la universidad, el año 2008.

La ingrata bonita, ahí medio incómoda entre el público de unas ocho personas, hoy está felizmente casada, y es madre de, al menos, dos maravillosas bendiciones.

Desde esta tribuna un abrazo cariñoso para ella y su familia.

Un puentealtino enamorado de una chica rubia que al final se había imaginado. Y una cámara escondida.

Pasa en las películas, pasa en la vida.

Finalmente, a los veintiuno cerré esta trilogía con *Este soy yo enfrentando mis demonios*, un ensayo documental donde me proponía finalmente dar

un beso y le pedía a la persona que me gustaba en ese entonces que por favor me lo diera en cámara.

Ella, previsiblemente, dice que no.

Me saqué un 6.5.

Destaco el «por favor».

Desde esta esquina del mundo otro fuerte abrazo para ella y su familia.

Más allá de algún mal rato o alguna ligera incomodidad, pienso que el tiempo fue demostrando que ser objeto de mi afecto también podía ser señal de buena estrella y un futuro luminoso.

El amor y el desamor, en definitiva, estuvieron presentes en mi identidad o más bien en la construcción de ella desde niño, adolescente, e incluso ahora, como treintañero o *treinteenager*. Hice toda una épica sobre mi vida romántica, pero de *hacer* el amor, claro, ni hablar.

Siendo amable conmigo, creo que había una diferencia con lo que hoy conocemos como los «Incels», o célibes involuntarios, y es que ellos, esta especie de tribu urbana moderna, se caracterizan por un resentimiento —mejor dicho un odio— muy grande hacia las mujeres. En general son hombres que sienten que ellas les deben algo, les niegan algo —el sexo— que a su juicio les pertenece por derecho natural, y por eso están indignados.

En su origen, la palabra no hacía referencia a ello, al menos no en su aspecto tan odioso. Partió a principios de los 2000, como un sitio *web* de una estudiante cuir canadiense conocida como Alana, el *Proyecto de celibato involuntario de Alana* donde hablaba de sus dificultades para conectar con los demás. Con el tiempo, el espacio fue mutando a un medio utilizado por distintas personas para compartir sus pensamientos y experiencias en torno a la soledad. La historia dirá que Alana poco a poco se fue sintiendo más cómoda con su propia identidad, se alejó del proyecto, del nombre, y del concepto, que se fue llenando cada vez más de varones frustrados, transformándose hasta lo que es hoy.

Yo, que también era célibe y no por falta de ganas, dirigí esa frustración hacia mí. Sentía que yo no era, de alguna manera, «suficiente» para estar en pareja, y que, de hecho, había algo mal conmigo porque no tenía o no lograba sostener una relación romántica.

Que le estaba fallando, incluso, a mi familia.

Pienso que esa especie de humildad, o al menos de sensibilidad, aunque mal dirigida en un principio, me salvó.

Además, yo no quería sexo, quería amor.

Bueno, y después también sexo.

Mi primer beso se lo di a una amiga algunos años después, al calor de una fiesta con poca luz y mucho reguetón. Ella me había confesado esa noche que alguna vez yo le había gustado y que, por tanto, ahora era necesario besarnos. A decir verdad, ella también me había gustado, hacía tiempo, pero nunca nos dijimos nada. Toda esa época fue otra forma de adolescencia, o de inocencia. Los primeros años universitarios, la ilusión de ser independientes, la ilusión de la madurez. Chats de Facebook y de Gmail. Al principio yo le caía mal y después, bien.

Mi inseguridad me impedía ver que el sentimiento era recíproco.

Ya después, ahí, en la pista de baile, pensé que, si alguna vez iba a ocurrir, bueno, que al menos fuera con alguien a quien yo quería, que me había gustado, que yo le había gustado y que yo sabía que me quería. Me pareció bien. *Ad hoc*. Después de todo, como escribió Parra, ¿quién es el que no besa a sus amigas!

Me encantaría decir que fue el final de una película y el comienzo de otra, aunque las películas nunca o casi nunca cuentan esa parte de un modo particularmente feliz. Me gustaría decir que sentí fuegos artificiales, que mi mundo se remeció por completo. Quería desesperadamente experimentar eso. Pero ustedes saben, imagino, que no fue así.

Hoy diría que fue algo... ¿normal? O mejor dicho cotidiano, o, mejor dicho: real. Un beso en la pista de baile. En mi mente, en mi consciencia aumentada: algo extraño, nuevo, novísimo. Y como toda novísima información, no sabía bien cómo procesarla. Tanto pensarlo, tanto ansiarlo (tanto soñarte y extrañarte sin tenerte, tanto inventarte, cantaba Arjona) y de pronto estar ahí, realmente ahí. Me vi de afuera como desde una cámara y supongo que sentí algo, pero ese algo no estaba ni cerca de lo que esperaba o en realidad, de cómo imaginaba que sería. La idea de un sentimiento.

Las cosas son lo que son, supongo. Y ya.

Esa noche, solo en mi pieza, no pude dormir.

Mi segundo beso se lo di a la actriz chilena Taira Court, actuando en el *videoclip* de la canción «Tu conquista» de la banda Tío Lucho, dirigido por mi amigo Cristián Jiménez, a quien conocí cuando él fue invitado como profesor en la universidad.

Nunca olvidaré sus instrucciones: «ya, Javier, pon carita de amor».

«Ya, Taira, márchale toda la cara con *rouge*».

Así fue mi educación sentimental. Forjada por una sensibilidad pop, amasada entre expectativas, cámaras, ansiedades e ilusiones y nunca ni remotamente cerca de lo que soñaba, quería, o esperaba.

Pensando o sobrepensando las cosas.

Mi historia a ratos se parecía a la búsqueda de una especie de protocolo sentimental. Como buena persona del signo Virgo, necesitaba algo que me ayudara o al menos me orientara respecto a cómo operar, cómo querer, especialmente en aquellas circunstancias, las más comunes, donde la mente se ponía delante del corazón o, dicho de otro modo, donde la carreta se ponía delante de los bueyes.

¿Por qué hablar de amor? En el colegio nos enseñan muchas cosas, pero nadie nos enseña a querer, lo que me parece razonable, en realidad, considerando lo extenuados que están los profesores y profesoras de nuestra patria: no le vamos a exigir a esos pobres cristianos que además se pongan a desentrañar los misterios del corazón humano.²

Uno quiere cómo puede y cómo quiere, al final, ¿no? Y de todos modos, ¿alguien sabe realmente cómo querer? ¿Nuestros viejos, nuestros amigos y amigas? ¿La tele? ¿Los guionistas? ¿Las poetisas? Querer, como cariño, y querer como deseo: como anhelo, como ansia. Como fragilidad.

Casi todos sabemos querer, pero pocos sabemos amar, cantaba José José.

En su discurso del Nobel, William Faulkner dijo (en 1949, nada menos):

2. Mucha fuerza a las y los profesores de Chile. Y gracias.

«Nuestra tragedia actual es un temor general en todo el mundo, sufrido por tan largo tiempo que ya hemos aprendido a soportarlo. Ya no existen problemas del espíritu; solo queda esta interrogante: ¿cuándo estallaré? A causa de ella, el escritor o escritora joven de hoy ha olvidado los problemas de los sentimientos contradictorios del corazón humano, que por sí solos pueden ser tema de buena literatura, ya que únicamente sobre ellos vale la pena escribir y justifican la agonía y los afanes».

Únicamente sobre los sentimientos contradictorios del corazón humano vale la pena escribir.

Bueno. Este es mi intento.

Quiero escribir un libro para los románticos/as/es, o mejor dicho para los amantes, en el sentido de los *lovers*, como la canción de Richard Ashcroft, y no de los infieles, como la canción de Aventura, aunque los infieles también son amantes y los amantes, supongo, tienen derecho a ser felices o, al menos, a ser amados; bueno: *necesitan* ser amados, según Morrissey, como cada humano y eso me parece bien.

Afuera, la guerra, la inflación, la deuda, la ansiedad, la soledad, la delincuencia, el miedo, la inseguridad y la sensación de inseguridad. Estamos conectados, pero estamos lejos. Estamos lejos, nos sentimos lejos, y por eso nos sentimos frágiles o solos o simplemente no nos sentimos de ninguna manera.

El mundo se acaba, en realidad, para todos desde que nacemos porque nos vamos a morir y por eso toda declaración de amor es urgente, dijo en un discurso el poeta chileno Raúl Zurita.

La gente quiere enamorarse, entonces. Pero es difícil, o eso parece. Los hombres somos unos pelotudos, o somos intensos, o le tenemos miedo al compromiso —no lo digo yo, lo dicen las redes, por si acaso—; la vara está muy baja, dicen, las mujeres son intensas, o escapistas, o complicadas, — dice la gente, ah, yo no lo digo, lo dice la gente—. Está pasado a *ghosting* y nadie quiere sufrir más. Mejor, ¿compremos chocolates? Dijo Jorge González. O completos, digo yo. Los completos suelen ser un éxito, en la vida real y en la vida inventada. El mundo se derrumba y nosotros nos enamoramos, o al menos, queremos enamorarnos, pero claro, cómo y cuándo, si hay tanto ruido.